



CERVANTES POETA: EL VALOR DE LOS VERSOS DEL QUIJOTE

PEDRO C. CERRILLO (*)

RESUMEN. Cervantes (1547-1616) no fue un hombre con suerte. Fue a triunfar como novelista, y no como poeta o como dramaturgo, que eran los géneros literarios que daban prestigio a un escritor en la Edad de Oro.

El conocimiento de la poesía cervantina es un estupendo ejercicio didáctico para conocer y comprender la poesía que se hacía en España en aquellos años. Efectivamente, los estudiosos de la poesía cervantina coinciden al afirmar que cultivó tanto la poesía tradicional como la italianizante, usando una considerable variedad de formas métricas: romances, villancicos o redondillas, en el primer caso; y tercetos, octavas reales, sextinas, verso libre y, sobre todo, sonetos, en el segundo caso. Otro asunto distinto es la valoración literaria que esos mismos estudiosos hacen de los versos del autor del Quijote: en una época en que España alumbró los mejores poetas de su historia, que terminaron siendo algunos de los mejores poetas de la literatura universal (Garcilaso, San Juan, Quevedo, Lope de Vega o Góngora), Cervantes se sintió inseguro componiendo versos, lo que, junto a su habitual capacidad para la autocrítica, le llevó a desacreditarse como poeta; en *Viaje del Parnaso* llegó a decir: *Yo que siempre trabajo y me desvelo / por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el cielo...* Cervantes es un poeta desigual, desde luego, al que le costaba mucho esfuerzo componer versos, frente a la facilidad natural de Lope o la maestría técnica de Quevedo o Góngora.

ABSTRACT. Cervantes (1547-1616) was not a fortunate man in his lifetime. Success came to him as a novelist, not as a poet or as a playwright, which were the literary genres that gave a writer renown in the Golden Age.

The study of the poems of Cervantes is a wonderful exercise for those who want to know about poetry in Spain in those days. Scholars versed in the poems of Cervantes coincide in that he practiced both traditional and Italian style poetry, using a substantial variety of metres: romances, *villancicos* and quatrains, in the first case, and tercets, octaves, sestinas, blank verse and especially sonnets, in the second case. An entirely different matter is the literary valuation of the author of Don Quixote by those same scholars: in a period in which Spain produced its best poets ever, who became some of the best poets of universal literature (Garcilaso, St. John of the Cross, Quevedo, Lope de Vega, Góngora), Cervantes felt insecure when writing in verse, which alongside his usual capacity for self-criticism, led him to discredit himself as a poet. In *Voyage to Parnaso* he says: *I who am always toiling and endeavouring / to seem that I have as a poet / the grace that Heaven did not grant me...* Cervantes was an irregular poet, needless to say, for whom it was difficult to compose verses, compared to the natural ease of Lope de Vega or the technical mastery of Quevedo and Góngora.

(*) Universidad de Castilla La Mancha.

Cervantes (1547-1616) no fue un hombre con suerte. Fue a triunfar como novelista, y no como poeta o como dramaturgo, que eran los géneros literarios que daban prestigio a un escritor en la Edad de Oro. Piénsese que los literatos que pertenecían a la nobleza o a la Iglesia, los dos estamentos sociales más poderosos, junto a la monarquía –claro está–, de la España de aquellos años, no cultivaron la novela, un género joven entonces. Cervantes tuvo que emplearse en diversos quehaceres ajenos a la literatura, pues no podía vivir de su trabajo de escritor¹. Vagó por oficios diversos, visitó varias veces la prisión, tuvo problemas económicos importantes y pasó épocas de verdadera necesidad. Ni siquiera el éxito de la primera parte del *Quijote* le sacó de las estrecheces económicas.

Cervantes nació a finales del reinado de Carlos I, en plena época de expansión imperial de España, pero cuando publicó el *Quijote* (en 1605 apareció la primera parte) España había iniciado el declive de una política expansionista fracasada. En términos literarios, Cervantes nació en el Renacimiento y editó el *Quijote* en el Barroco. Si la literatura renacentista se caracteriza por la claridad y la armonía, la barroca es exageración y estilización. Precisamente el *Quijote* es la asimilación de esas dos sensibilidades, representando la mejor síntesis de géneros, tendencias, estilos y, sobre todo, conceptos del mundo. En ello está, quizá, el motivo esencial de su grandeza.

Aunque escribió poesía y teatro, fue en la novela donde Cervantes logró su único éxito en vida, el *Quijote*, precisamente. Y aún así, fue un éxito relativo, pues si bien la primera parte de la novela fue acogida por el público lector con general aceptación (el mismo año se hicieron seis ediciones más y enseguida se editó también en Italia y en Bélgica), muchos escritores de la época la recibieron con irritación, envidia y

un cierto rechazo, aun reconociendo la importancia que tenía esa «extraña» novela: sirva como ejemplo la existencia de una carta de Lope de Vega, probablemente escrita a los pocos meses de la aparición del libro, en la que se refiere despectivamente a la novela cervantina.

LA POESÍA CERVANTINA

En verso escribió sus diez obras de teatro más extensas, dos entremeses y numerosas composiciones, sueltas unas (aparecidas en cancioneros de la época) y esparcidas por sus novelas otras. Los estudiosos de la poesía cervantina coinciden al afirmar que cultivó tanto la poesía tradicional como la italianizante, usando una considerable variedad de formas métricas: romances, villancicos o redondillas, en el primer caso; y tercetos, octavas reales, sextinas, verso libre y, sobre todo, sonetos, en el segundo caso. Pero en una época en que España alumbró los mejores poetas de su historia, que terminaron siendo algunos de los mejores de la literatura universal (Garcilaso, San Juan, Quevedo, Lope de Vega o Góngora) Cervantes se sintió inseguro componiendo versos, lo que, junto a su habitual capacidad para la autocrítica, le llevó a desacreditarse como poeta; en *Viaje del Parnaso* llegó a decir:

*Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo...*

Es un poeta desigual, desde luego, al que le costaba mucho esfuerzo componer versos, frente a la facilidad natural de Lope o la maestría técnica de Quevedo o Góngora. Eso y su propia proyección como novelista han tapado sus valores como poeta. A Cervantes le hubiera gustado triunfar como poeta y, lo que es más

(1) En 1595 ganó un premio menor de poesía en la ciudad de Zaragoza (el galardón fueron dos cucharillas de plata). Malvendió sus primeras comedias y tuvo muchas dificultades para que sus poemas se publicaran.

importante, haber sido reconocido, por sus coetáneos, como un buen poeta, reconocimiento que no se produjo y que él asumió en vida con resignación y notable franqueza; en el propio *Quijote* (capítulo VI de la primera parte), cuando el Cura y el Barbero están expurgando la biblioteca del ingenioso hidalgo manchego, y ante la aparición en sus estanterías de *La Galatea*, Cervantes hace hablar al Cura así:

Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos.²

En el prólogo a su famosísima novela, cuando se está justificando ante los lectores por haber compuesto una obra de tales características, dice lo siguiente:

También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque si yo los pidiese a dos o tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales que no los igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.³

LOS VERSOS DEL QUIJOTE

Pese a lo dicho por Cervantes, un puñado de sus poemas aparecen insertos en el *Quijote*, aunque es verdad que muchos menos que en su teatro, donde, a juicio de Vicente Gaos⁴, podemos encontrar la mejor poesía cervantina. Me referiré a algunos de los poemas del *Quijote*. Precisamente tras el prólogo, se incluyen dos poemas de «cabo roto»⁵ y ocho sonetos, en algunos de los cuales Cervantes finge que los escriben

autores diversos (personajes de libros de caballerías, como Orlando Furioso, Oriana –el amor de Amadís– o El Caballero del Febo⁶). Además, en los capítulos xxxiii, xxxiv y xxxv de la primera parte, en los que inserta la novela del *Curioso impertinente*, Cervantes vuelve a fingir: en este caso, haber leído en una «comedia moderna» unos versos (en redondillas abrazadas), en los que un viejo prudente aconseja a otro que tiene una hija doncella que la encierre y la guarde, porque⁷:

*Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo;
que si hay Dánaes en el mundo,
hay lluvias de oro también.*

A Cervantes le faltó la frescura y la gracia que, como poetas, tenían otros escritores de su época: sirvan como ejemplo los dos forzados versos del final del poema anterior, en que se refiere al episodio mitológico en el que Júpiter se transformó en lluvia de oro para gozar de Dánae, que estaba encerrada en una torre.

En los mismos capítulos del *Curioso impertinente*, Cervantes dice que «un poeta», al que no se ha identificado nunca y que, probablemente, era él mismo, escribió estos versos resignados y notablemente amargos, en estructura de décima, un poco más logrados que los anteriores⁸:

(2) M. de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Cátedra, vol. I, 1977, pág. 125.

(3) Id., ib., pág. 69.

(4) Cf. V. Gaos: Ed. *Poesía completa de Cervantes*, vol. II. Madrid, Castalia, 1981, pág. 19.

(5) En los poemas de «cabo roto» la rima se hace sólo con la última sílaba acentuada de cada verso, que recae –en este caso– en palabras llanas: *Soy Sancho Panza, escude- / del manchego don Quijo-; / puse pies en polvoro-, / por vivir a lo discre(...)*; es una modalidad muy rara y de difícil lectura.

(6) Uno de los protagonistas de *Espejo de príncipes y caballeros*, de Diego Ortúñez, novela de 1562.

(7) M. de Cervantes: Op. cit., pág. 392.

(8) Ib., pág. 398.

*Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.*

Al final de la primera parte, una vez don Quijote ha vuelto a su casa, Cervantes simula de nuevo, ahora que en una caja ha encontrado unos poemas en castellano, cuya autoría atribuye a los académicos de la Argamasilla: son tres sonetos y tres epítafios, en los que da diversa noticia de Dulcinea, de la fidelidad de Sancho, de la sepultura de Don Quijote, aún no fallecido en la novela, etc. Y aprovecha para pedir a quienes sean los lectores de esos versos el mismo crédito que solían dar a los libros de caballerías: Cervantes estaba pidiendo crédito, otra vez, a su oficio de poeta. Uno de esos sonetos está dedicado a Dulcinea; se inicia con notable acierto, pero enseguida pierde intensidad. Es éste:

*Del Paniaguado, académico de la Argamasilla,
«In laudem Dulcineae del Toboso»⁹*

*Esta que veis de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fue el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra, y el famoso
campo de Montiel, hasta el herboso
llano de Aranjuez, a pie y cansado.
Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
que esta manchega dama, y este invicto
andante caballero, en tiernos años,
ella dejó, muriendo, de ser bella,
y él, aunque queda en mármoles escrito,
no pudo huir de amor, iras y engaños.*

Se puede comprobar que no queda clara la hermosura de Dulcinea, que Cer-

vantes quiere resaltar en los versos que le dedica el académico mencionado; esa belleza la reflejó mejor, sin duda, el propio Don Quijote en la novela cervantina, como bien explica Emilio Pascual en su novela *Días de Reyes Magos*, con un punto de ironía, a la que no fue ajeno el propio creador del insigne personaje: «Mi padre que se sabía el *Quijote* prácticamente de memoria, cuando quería ponderar la belleza total de una mujer, recurría retórica, teatralmente al personaje del enamorado caballero, y repetía las mismas razones que Don Quijote dedicó a Dulcinea:

*Su hermosura es sobrehumana, pues en ella
se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles
y quiméricos atributos de belleza que
los poetas dan a sus damas; que sus cabellos
son oro, su frente campos elíseos, sus cejas
arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas
rosas, sus labios corales, perlas sus dientes,
alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil
sus manos, su blancura nieve, y las partes
que a la vista humana encubrió la honestidad
son tales, según yo pienso y entiendo,
que sólo la discreta consideración puede
encarecerlas y no compararlas.*

Ahora sé que mi padre no era ajeno a la ironía cervantina¹⁰.

Sin duda, Pascual se refiere a que Cervantes en una de sus novelas ejemplares, *El Licenciado Vidriera*, se burlaba de los halagos excesivos y artificiales con que los poetas renacentistas describían a las mujeres amadas, a quienes idealizaban siguiendo siempre el mismo arquetipo metafórico.

Otro de los sonetos del final de la primera parte del *Quijote*, quizá más logrado que el anterior, es el que otro académico de Argamasilla escribe dedicado a Sancho¹¹:

*Sancho Panza es aquéste, en cuerpo chico,
pero grande en valor, ¡milagro extraño!*

(9) M. de Cervantes: Op. cit., pág. 581.

(10) E. Pascual: *Días de Reyes Magos*. Madrid, Anaya, 1999, pp. 31-32.

(11) M. de Cervantes: Op. cit., pág. 582.

*Escudero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde, no estuvo en un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan a un borrico.
Sobre él anduvo (con perdón se miente)
este manso escudero, tras el manso
caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasáis con prometer descanso,
y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!*

También incluye Cervantes poemas en la segunda parte de su novela, algunos de calado más popular que los antes citados, como los romances de los capítulos XLIV y XLVI; o el Epitafio de Sansón Carrasco, compendio –breve y esclarecedor– de la personalidad desbordante de la gran criatura cervantina:

*Yace aquí el Hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
Fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.¹²*

De todos modos, no es recomendable la lectura del *Quijote*, precisamente, por todos estos versos, que, aun teniendo un cierto interés, no pueden competir con la historia del caballero andante fracasado que, con especial maestría, construyó Cervantes. Un libro tan vendido, traducido y editado que casi todo el mundo ha oído hablar de él; otra cosa es saber con certeza su número de lectores. Probablemente porque no siempre nos hemos acercado a su lectura en las condiciones y en el momento apropiados.

El propio Emilio Pascual, en esa novela citada, *Días de Reyes Magos*, que es el viaje iniciático del chico protagonista a la

vida, por un lado, y a la lectura, por otro, incluye este elocuente diálogo entre ese chico y la chica que le gusta:

–...Hablando de caballeros andantes, vas a tener que leer el Quijote. La de «lite» nos ha dicho hoy que una pregunta cae fijo. En el supuesto de que te interesen cosas tan poco sublimes como aprobar el curso, claro.

–...¡Pero cómo se puede leer ese rollo!

–Pues yo lo he leído y no me ha pasado nada.

–Tú no eres de este mundo.

–Don Quijote tampoco. A lo mejor me gusta por eso. Creo que hasta se parecía un poco a ti. Estaba tan poco conforme con el mundo que le tocó vivir, que decidió arreglarlo todo a mandobles y lanzadas.

Más adelante, cuando el muchacho se va aficionando a la lectura, su actitud ante el *Quijote*, que sigue sin haber leído, ha cambiado y le pregunta al ciego para el que lee libros:

–¿No vamos a leer nunca el *Quijote*?

–Tranquilo, muchacho: todo llegará. El *Quijote* es como el botillo berciano: hay que tener buen estómago y comerlo con juicio. De lo contrario, corremos el riesgo de sufrir una indigestión y perder las ganas de repetir. Y sería una gran pérdida¹³.

En la 1ª mitad del siglo XVII, en que un elevadísimo tanto por ciento de la población no sabía leer, se leía en voz alta fragmentos del *Quijote* a grupos de gente que se reunía, con ese motivo, ante la catedral de Sevilla, o en medio del campo a la hora del descanso, o en cualquier concurrida calle de Madrid, o dentro de la misma corte real. Se leía poco a poco, como, efectivamente, hay que leerlo la primera vez. Mariana Cantacuzène es una narradora francesa que realizó, hace no mucho tiempo, un recorrido de 1.800 kilómetros, desde los Pirineos orientales hasta Dunquerque, leyendo el *Quijote*, en voz alta, de pueblo en pueblo, tarea en la que empleó

(12) Id., vol. II, pág. 577.

(13) E. Pascual: *Op. cit.*, pp. 66 y 114.

seis meses, que no es un mal tiempo para que, quien no lo haya leído, lo haga: seguro que lo disfruta; incluso, puede saltarse los versos, pues su ausencia no merma, en nada, la poderosa creación del mejor novelista de todos los tiempos. Aunque, también es cierto, algunos de esos versos –aquellos en que Cervantes se ofrece más sencillo y más directo, sin el encorsetamiento de querer alcanzar la maestría de otros poetas de su tiempo– deberíamos leerlos con detenimiento, como los del Epi-

tafio a Dulcinea que «compone» Tiquitoc, otros de los académicos de Argamasilla, con que se cierra la primera parte de la inmensa novela cervantina:

*Reposa aquí Dulcinea;
y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fue llama,
y fue gloria de su aldea.¹⁴*

(14) Cit., vol. I, pág. 583.